

AÑORANZA DE LA VILLA DE LEIVA

VICENTE LANDINEZ CASTRO

Una de las mejores maneras de comprender, evaluar y enaltecer los hechos de la historia es, en cierta manera, atarearnos en la reminiscencia y la alabanza de los merecimientos de la región o de la ciudad donde acaecieron, y tratar de comprender y apoderarnos

del espíritu hechizante de esos mismos lugares.

Por ello, permitidme que intente una acuarela verbal, íntima, sencilla y efusiva de esta antigua Ciudad de los Virreyes. Lástima grande que para ello no posea ni el bagaje de bellos arcaísmos del maestro Azorín, ni el sentido cromático, peculiar de la prosa ondulante y depurada de Rafael Azula Barrera, ni la enervante y galana manera literaria de José Umaña Bernal, ni tampoco el arte descriptivo, de encantadora ingenuidad pre-rafaelista, de Mendoza Varela. Los tres colombianos han escrito sobre esta Villa, páginas definitivas, antológicas y perdurables.

Aquí, en esta antañona ciudad, tenemos el pretérito detenido, hierático, fosilizado delante de nuestros ojos: nos es dado oírlo, verlo, sentirlo, olerlo y palparlo por doquier. Por eso encontrarse uno en la Villa de Leiva, equivale a estar sumergido en lo más profundo de la historia de la patria.

Esta es una ciudad-síntesis, representativa, simbólica; un encantado lugar que compendia y guarda milagrosamente las excelencias y las glorias de nuestro pasado. Esta noble Villa es un amplio y detallado documental de la colonia indoamericana y de la adolescencia de la República. Recorrer sus calles, contemplar sus portales, descifrar sus emblemas, leer sus epígrafes, mirar sus olivos y sus espadañas, respirar el incienso de sus iglesias y el aire frutal y recatado de sus casonas, equivale a exhumar y a dar cuerpo

y vivencia a cuatro siglos de vida nacional.

Don Juan de Castellanos, el Beneficiado de Tunja, en los plácidos y calmosos días coloniales, alzó en una esquina de la plaza mayor, alta morada con soportales de piedra. Cuando venía de Tunja, traía en sus alforjas los borradores de sus Elegías, y por las tardes, puesto en su balcón, iba hilando en la rueca de su memoria prodigiosa épicas octavas noticiosas entre sorbo y sorbo de espumante y fragante chocolate, en tanto que la pila pública —la misma de hoy— vertía, borbotante, por sus cinco caños, el agua límpida y cantarina en el tazón labrado; y la torre señera de la Catedral, que recorta su severa silueta sobre el cerro, esparcía campanadas lentas, graves, penetrantes, profundas....

Este clima, de una sedante y singular tibieza, fue codiciado por los señores Virreyes para sus largos y placenteros veraneos. Todavía los podemos imaginar vívidamente yendo en vocinglero cortejo por las calles. Allá pasa la señora Virreina con sus damas de compañía joviales y locuaces, vestidas de jubón de raso, el cabello suelto y guarnecido de lazos de seda, haciendo equilibrios desde sus altísimos chapines sobre las piedras redondas y pulidas. El viento, lascivo y bribón, se divierte en henchir las anchas y pomposas polleras y los descomunales guardainfantes, y en esparcir luego un vago y sensual aroma.... Detrás, avanzan, atentos, los galanes con la boca colmada de requiebros. Un trecho más,

y aparece el grave señor Virrey, luciendo un fastuoso atavío y rodeado de gentiles hombres que visten casacas de piqué de seda con botones de plata, de puntillosos y altivos hidalgos, de caballeros de adusto continente que hacen sonar a su paso los espolines y la espada. En el aire se percibe un grato perfume cortesano.

En la noche tras las ventanas enrejadas y las grandes puertas de roble con puntiagudos clavos y complicadas guarniciones de la casona improvisada de palacio (conocida hoy como Quinta del Virrey), en la intimidad del espacioso salón en donde la luz de las bujías se multiplica sobre la superficie de los grandes espejos, suenan deleitosas músicas, en tanto que los hombres maduros rememoran las aventuras de la reciente jornada de caza por los cerros vecinos, y las damas hacen guiños tras de los abanicos o derrochando donaires y galanterías, trenzan airosamente con los jóvenes complicadas y entretenidas pavanas o minués.

Años más tarde, la bella doña Luz de Obando confinada por orden del señor Virrey en esta Villa por causa de sus liviandades, reía y gozaba su infidelidad en la casona del Molino de la Mesopotamia, junto a su rendido amante el señor Canónigo Magistral don Andrés María Rosillo y Meruelo, quien la visitaba incógnita y frecuentemente.

Si fuéramos ahora y aplicáramos el oído atento a los muros de esa sobria sala que fue ágora para los próceres del Congreso de las Provincias Unidas

de la Nueva Granada, podremos oír todavía, nítidamente, el verbo romano de Camilo Torres, el bien calificado "cerebro de la revolución"; la voz aleccionadora y prudente de Frutos Joaquín Gutiérrez, el "Demóstenes" del Nuevo Reino; la oratoria eficacísima de Joaquín Camacho, el jurisconsulto acucioso y diligente de aquellas memorables jornadas legislativas; o la palabra de don Andrés Ordóñez que se alzaba, prieta de ironías, ensayando una diatriba contra el sistema centralista de don Antonio Nariño. A todos nos es dado el privilegio de respirar allí ese mismo aire, denso de patriotismo y excitante de independencia y de soberanía, que rodeó a aquellos fogosos diputados de la Primera República.

Y cuentan que algunas veces, entre la niebla de la madrugada, se oye cruzar impetuosamente al bravo Juan José Neira en su caballo negro, seguido por sus huestes huracanadas y devastadoras.

Como podemos observarlo, allí no ha cambiado nada. Las mismas nubes blancas bogando en el azul. La misma paz interminable y profunda. El mismo cielo purísimo y radiante. La ciudad es como un viejo album de fotografías de la patria de antaño, que el tiempo no ha sido capaz de desvanecer. Esta abundosa calma solo la turba, de cuando en cuando, las campanadas finas y penetrantes de las iglesias que nos recuerdan la fe omnipoderosa que preside la vida de las gentes. Las torres encaladas son las gargantas de la ciu-

Leticia Ltda.

Tejidos

♦ PAÑOS

♦ MANTAS

♦ RUANAS

♦ PONCHOS

♦ HILAZAS

DE

LANA

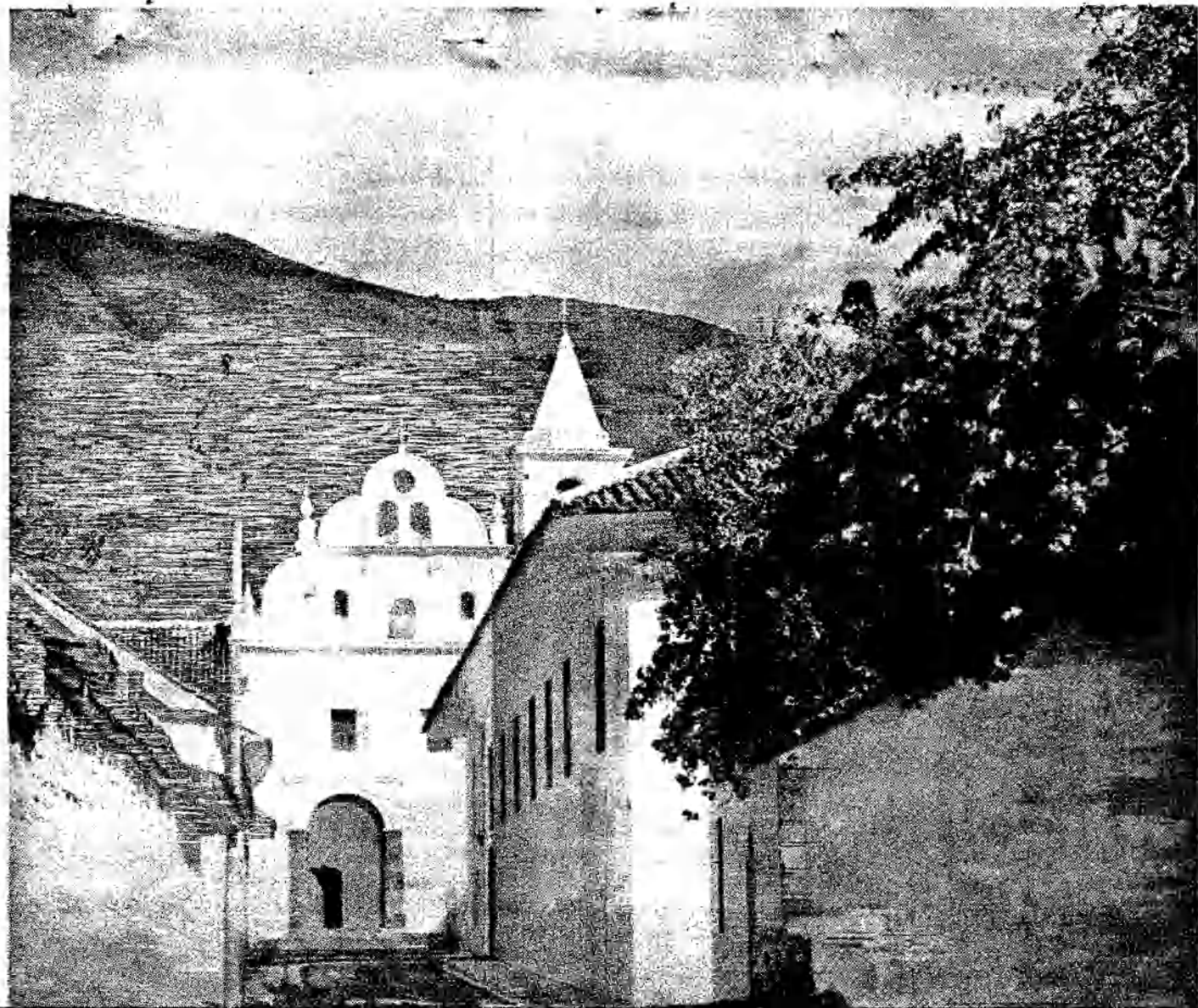
MEDELLIN
BOGOTA
CALI

dad. Sus viejas campanas cantan por la mañana y sollozan por la tarde. Su sonido deja en nuestro espíritu una estela de amor y de melancolía. Si nos empináramos desde un promotorio circundante, veríamos pasar las monjas, de movimientos lentos y majestuosos, por las galerías de los silenciosos claustros. Unas, llevando en la cabeza toca blanca; otras, arrebujadas en sus largos hábitos carmelitas y blancos. A lo lejos, columbraríamos la mancha gris de los olivos perennes. Las casonas y los conventos tienen huertos sombríos poblados de granados, chirimoyos y naranjos. Los molinos de piedra limitan la ciudad, y en su indiscifrable ronroneo van triturando y cerniendo el fino y rubio trigo que desde entonces viene siendo el mejor de todas las provincias. En la penumbra de los templos, los oros viejos de los retablos resaltan sobre las blanquísimas paredes. Cuando pasamos por las calles solitarias, es posible que alguna vez veamos muchachas esbeltas, delicadas, sugestivas, de ojos entre ceniza y verde como los olivos, que se asoman, ensimismadas, a un balcón; o que llegue a nuestros oídos el moscardeo armonioso, persistente, levisimo de los rezos o de las salmodias de un coro de monjas enclaustradas. Acaso nos topemos también con una de esas viejecitas vestidas de negro hasta el tobillo, que de pronto se paran llenas de cansancio y dando un fuerte y profundo suspiro balbucean: ¡Virgen del Carmen!; o quizás veamos regresar, caballero en una yegua de paso cas-

tellano, a un fino hidalgo que ha ido a visitar sus olivares o sus tierras paniegas. O bien, en una plazuela, hallemos un grupo de niños que juegan una ronda bajo la tupida bóveda de los arrerunes y de los conservos.

Quizás este embrujo, este misterio que flota en la Villa, fue el que decidió a don Antonio Nariño a escoger este remanso para sosegar sus dolores y rememorar sus muchas desventuras. Don Antonio poseía el espíritu y el cuerpo más andariegos de su tiempo, e igual que don Alonso el Bueno, entretuvo y consumió su triste vejez con el barbero que sabía enjundiosos de cires y picantes consejas lugareñas, en los baños termales, en cotidianos paseos en cabalgadura por los alrededores, o escuchando en la penumbra de las iglesias los latines y sermones del cura o los Salmos y vísperas cantados por las voces dulcísimas de las hijas de Santa Teresa; cuando no, tratando de reparar su averiado paladar de eterno desterrado, con las delicadas golosinas batidas y adobadas por las manos blancas y gordezuelas de las monjas de los monasterios del Carmen y de San Agustín.

Entre unos muros destruidos por la mano del tiempo y la indolencia del hombre, de los que "solo quedan memorias funerales, donde erraron ya sombras de alto ejemplo", como dijera el poeta, el más osado de los héroes de toda la historia universal, el Capitán Antonio Ricaurte, fruto de una auténtica novela de amor protagonizada por sus padres, agitó aquí el aire



suave con sus primeros vagidos, antes de hacer de su cuerpo la tea de la Independencia en aquella explosión de San Mateo que borró la tiniebla del vasallaje ibérico. Y, parafraseando al soldado letrado de Lepanto, allí sí fue cierto que se llevó a cabo la más grande hazaña que vieron los siglos pasados. y la que por lo descomunal y portentosa, ya no esperan ver los siglos venideros.

Las casonas de la Villa son de genuina arquitectura española: espacio-

sas, severas, taciturnas y frías como el alma ensimismada del rey Felipe II. De las ocres carroñas de las manzanas se levanta un vaho de intensa melancolía por lo que fue y ya no existe, de suave saudade por la mansa y tranquila vida colonial. Allí todo conserva el olor de su siglo: olor de Siglo de Oro. Por todas partes el espíritu de la raza española alienta todavía, y el que tiene la suerte de visitar la histórica ciudad se huelga y se recrea en la bienhechora contemplación de las cosas antiguas.



CASA OLÍMPICA

AL SERVICIO DEL DEPORTE COLOMBIANO
Y SUS FUERZAS ARMADAS

ATENDEMOS SUS PEDIDOS DE CUALQUIER PARTE DEL PAIS

Calle 17 No. 6-12 - Teléfonos: 414451 - 345051 / 53 - Telégrafo "Olímpica" Bogotá, D. E.